Segun una multitud de autores respetables (1) que tienen en su favor la tradicion, apoyada en la verosimilitud, la Santa Familia permaneció siete años en Egipto, á donde se encuentran todavía algunos vestigios de su residencia. La fuente en que iba María á lavar los lienzos en que envolvia á su Hijo (2); el otero cubierto de zarzales en que los estendia para secarlos al sol; el sicómoro á cuya sombra se complacia en ir á sentarse con el Niño en sus rodillas (3); allí están todavía despues de diez y ocho siglos! Los peregrinos de Europa y de Asia, conocen el camino, y los descendientes de los Faraones les tributan honores. A cada sitio está adherida como el musgo á las paredes humeadas de una ruina religiosa, alguna leyenda sencilla de aquel tiempo pasado (4).

En Nazareth habia llevado María una vida humilde y laboriosa, pero en Heliópolis conoció la miseria bajo todos sus horribles aspectos. Era necesario crearse recursos, cosa tan dificil estando lejos de la patria, y en un pueblo dividido en corporaciones nacionales y hereditarias, que no tenia ningun afecto ni consideracion hácia los estranjeros.

"Como eran tan pobres, observa San Basilio, es evidente que tuvieron que entregarse á los trabajos mas penosos para procurarse lo necesario.... Pero ¡ah! ¿este necesario lo tendrian siempre....? con frecuencia, dice Landolfo de Sajonia, el Niño Jesus, acosado por el hambre pedia pan á su madre que no podia darle mas que sus lágrimas....!"

Entre tanto Herodes habia muerto de un mal horrible y desconocido, despues de verse devorado en vida por los gusanos del sepulcro. Preocupado hasta el último soplo de su conciencia con la idea amarga de la grande alegría que iba á sentir el pueblo al saber su muerte, pidió con lágrimas á su hermana Salomé, que era una mujer infame, que hiciese inmolar á flechazos á la flor de la nobleza judía, á quien hizo prender con este designio, para que así de grado ó por fuerza llorasen en sus funerales (5). El cadáver fué conducido al palacio de Herodion en una litera de oro, adornada de paño color de escarlata y sembrada de piedras preciosas. Sus hijos y su ejército seguian el lecho fúnebre con un aire abatido, en tanto que el pueblo, irradiando en los ojos el gozo de la libertad, le arrojaba al paso secretamente tantas maldiciones como gotas de agua esparce una nube.

Advertido en sueños por el ángel del Señor, acerca de la muerte del tirano, José volvió con el Niño y María al país de Israel; "mas habiendo sabido que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo recelo de ir allí y se retiró á Galilea."

CAPITULO XV.

LA VUELTA A NAZARETH.

¡Ah! cuán triste es el destierro, y cuán dulce volver á respirar el aire del país natal! El pan del estranjero, así como el del malvado, deja arena en la boca y amargura en el corazon; sus arroyos no nos recuerdan los juegos de nuestra infancia; falta una nota melodiosa en el canto de los pájaros; sus sitios están desnudos de ese atractivo dulce y encantador que tienen los sitios de la patria!....

¿Cuál debió ser la alegría de los dos Santos Esposos al volver á ver esa tierra de Canaan, cuyas líneas grandiosas, suaves contornos, armonía del conjunto y variedades de aspectos, contrastaban de una manera tan feliz y tan sorprendente con el esplendor frio y monótono de la tierra de Egipto? Aquí una poblacion, rústica y activa, de marcial continente, trato franco, ó bien civilizado, grave y puro; allá esclavos marcados por castas, adunados al robo, mezclando á su culto insensato prácticas infames, y consagrando todos los productos de su trabajo é industria á construir templos al buey Apis, al cocodrilo y á la cebolla albarrana! Es necesario ser profundamente religioso, como lo eran José y María; es necesario amar á su país como lo amaban los hebreos, para comprender las impresiones dulces y piadosas, que los dos esposos galileos esperimentaron al descubrir la tierra de Jehová, y su linda ciudad de Nazareth, de que tantos y tan tiernos recuerdos habian hecho en Egipto.

Despues de una ausencia de tantos años, la Santa Familia volvió á entrar bajo el humilde techo de su hogar, en medio de las felicitaciones, de la espresion de asombro y de las reiteradas preguntas de sus parientes, que todos á porfia la obsequiaban celebrando su vuelta. Mas bien pronto la desolacion y las mas amargas consideraciones tuvieron lugar á traves de toda aquella alegría. La abandonada mansion de la pobre familia estaba casi inhabitable: el techo roto y hundido en varios parajes, ostentaba aquí y allá espesas matas de crecidas yerbas, dejando penetrar libremente en el interior el viento helado del invierno y las recias lluvias de los equinoccios (1); la sala baja era fria, húmeda y á trechos cubiertas sus paredes de verde musgo: unas palomas silvestres hacian sus nidos en la celdita misteriosa en donde el VERBO se hizo carne; las zarzas estendian sobre las quebradas piedras del pequeño patio sus guirnaldas pardas y espinosas; todo, en fin, en esta antigua casa que el transcurso de los siglos habia puesto ya de un color amarillo rojizo, tenia el aspecto ruinoso y desolado, que cual el sello que marca la ausencia de su dueño, se nota en los edificios abandonados. Era preciso hacer urgentes reparaciones; era preciso reemplazar los útiles y los muebles que estaban inservibles ó que habian desaparecido, era preciso tal vez satisfacer un préstamo contraido en Egipto para poder verificar la vuelta. Entonces fué sin duda cuando hubo de venderse hasta el jubilado, es decir, los campos paternales. De todo lo que poseian José y María antes de su largo viaje, no les quedó sino la casa derruida de Nazareth, el taller de José y sus brazos; pero Jesus estaba allí. Aunque niño todavía, Jesus tomó el hacha y seguia á su anciano padre á los pueblos en donde se les procuraba ocupacion (2); su trabajo, proporcionado á su edad y á sus fuerzas, no faltó nunca á su madre. El bienestar habia desaparecido por mucho tiempo; pero al fin se proveyó á fuerza de privaciones, de vigilias y de animosos esfuerzos á las atenciones de primera necesidad. Jesus, María y José se entregaron á los mas duros trabajos, y AQUEL que podia mandar á legiones de ángeles, jamas pidió á Dios otra cosa para él y para los suyos, que el pan de cada dia.

La vida interior de esta bienaventurada familia, á quien se ha llamado *la Trinidad de la tierra*, no ha llegado al conocimiento de los hombres; es un hilo de agua perdido entre las yerbas, es el *Santo de los Santos* con su nube de perfumes y su doble velo. No obstante, estudiando minuciosamente, ecsaminando uno á uno y bajo todas sus faces los hechos evangélicos, lo que se sabe hace adivinar hasta cierto punto lo que se ignora; y la vida pública de Jesucristo arroja algunos reflejos brillantes sobre su vida privada y la de su santa Madre. Vamos á procurar llenar este vacío, con toda la reserva, con toda la aplicacion concienzuda que tan grave asunto requiere.

Jesus, en quien estaban ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (3), no tenia necesidad alguna de la enseñanza de los hombres; así pues, toda suposicion contraria, está positivamente reprobada por la Iglesia. Asimismo nos enseña S. Juan en su evangelio, que los judíos contemporáneos de Jesucristo le miraban como un jóven sin estudios (4); y la admiracion de los nazarenos al verle tan profundamente versado en las sagradas letras, testifica lo bastante que ellos ignoraban hubiese sido educado, como S. Pablo, *á los piés de un maestro*. Los talmudistas y los autores judíos de los Toldos, sostienen, por el contrario, que un célebre rabino inició á Jesus en los misterios de la ciencia y de la mágia; pero la consecuencia que se deduce de la segunda parte de esta asercion, es absurda y no se toma la cosa sino bajo el punto de vista puramente humano, como lo hacen los racionalistas: tal asercion es evidentemente falsa, por dos razones: Jesus, en primer lugar, no era ni celador ni tradicionario; y se ve en todo el discurso del Evangelio, que desaprobaba altamente las miras estrechas, las distinciones caprichosas y las pobres sutilezas de la Sinagoga. En segundo lugar, que el rabino Juan Peraduia, á quien se le da por preceptor, no habia nacido todavía, pues que no floreció sino hasta cien años despues.

Colocar á Jesus en medio de los rabinos como educando suyo, es una suposicion tan poco lógica como la de querer sostener una encina rodeándola de débiles cañas. El no enseñaba como ellos, dice un evangelista (5); y esto se concibe muy bien, porque sacaba su sabiduría de sí mismo; y sus doctrinas aun tomadas bajo el punto de vista natural, se comprende desde luego que dimanan de una alma muy elevada, muy pura y muy recta, y de un espíritu tan vasto y tan uniformemente sano, que seguramente no habia sido falseado en las disputas escolásticas.

Strauss, conviene en que toda la sabiduría y toda la ciencia de la época habrian sido impotentes para formar un hombre tal como Jesucristo. "Aun cuando Jesus, dice ese escritor, hubiese agotado todas las fuentes de instruccion de su tiempo, no es menos cierto que ninguno de aquellos elementos habria bastado, ni con mucho, para hacer una revolucion en el mundo, y dar la consistencia necesaria á una obra tan grande, si él no la hubiera sacado de las profundidades de su alma."

Su elocuencia era esclusivamente suya, lo mismo que su moral. No eran las ecsageraciones enfáticas de los rabinos, ni la diccion majestuosa, enérgica y violentamente contrastada de los antiguos profetas: era así como lo decia él mismo, un manantial de agua viva que reflejaba en su corriente los pájaros del cielo, las nieves y las flores

---

1 *Vid. Trombel. in Vit. Deip. Zachariam in dis ad Hist. Eccl.*—Ansel Cantual.—Euseb.—Santo Tomás.

2 Esta fuente se llama todavía *Fuente de María:* una antigua tradicion refiere que la Santa Vírgen bañaba en ella al Niño Jesus. Desde los primeros tiempos del cristianismo los fieles edificaron en este lugar una iglesia; mas adelante los musulmanes construyeron una mezquita, y los discípulos de ambas creencias iban á pedir á la *Fuente de María* la curacion de sus males. La fuente todavía ecsiste: las peregrinaciones continúan; pero no queda ningun vestigio ni de la iglesia ni de la mezquita. [Savary, tom. I. pág. 122.—*Correspon. de Orient.*, tom. 6 pág. 3.]

3 No lejos de la fuente se me hizo entrar en un cercado plantado de árboles: un musulman que nos conducia nos hizo detener delante de un sicómoro, y nos dijo: "*He aquí el árbol de Jesus y de María.*—Vansleb, cura de Fontainebleau, refiere que el antiguo sicómoro habia caido de vejez en el año 1058; los padres franciscanos del Cairo conservaban piadosamente en su sacristía los últimos restos de ese árbol: ya no quedaba en el jardin mas que un tronco, del que provino sin duda el árbol que hemos visto. El general Kleber despues de su victoria de Heliópolis, quiso visitar como peregrino el árbol de la Santa Familia, y escribió su nombre en la corteza de una de sus ramas; pero este nombre ha desaparecido despues, borrado por el tiempo ó por una mano envidiosa. [*Correspondencia de Oriente*, tom. VI, carta 141.]

4 Hé aquí una de esas leyendas traída de los países de ultramar por uno de los antiguos barones franceses, el Señor de Englure: el autor de esta obra la traslada con toda la gracia nativa del tiempo antiguo, que no es posible conservar en la traduccion; pero procuraremos imitar toda su sencillez. "Cuando Nuestra Señora, Madre de Dios, hubo pasado el desierto y llegó á este lugar, puso á Nuestro Señor en tierra y se fué á buscar agua por el campo, pero no pudo hallarla: volvióse muy triste á su querido hijo que yacia tendido sobre la arena, el cual hirió con los talones el suelo, y salió inmediatamente una fuente de agua muy buena y dulce, de lo que quedó muy alegre Nuestra Señora, y dió gracias á su amado Hijo, á quien recostó otra vez y lavó sus pañales en el agua de dicha fuente, y despues los estendió por encima de tierra á fin de enjugarlos; y del agua que destilaban al tiempo de enjugarse, por cada gota nacia un arbolillo, cuyos arbolillos producen el bálsamo, etc"

5 Josefo, *Ant. Jud.*, I. XVII, c. 8.—La memoria de Heródes fué maldecida por los príncipes del pueblo y los sacrificadores, quienes instituyeron una fiesta que se celebraba el 25 de Setiembre en regocijo de la muerte de este cruel príncipe. *Hay una fiesta el 7 de chisleu* [dice el calendario judío] *á causa de la muerte* de Heródes; porque habia merecido el ódio de *los sabios, y es motivo de regocijo ante el Señor el que los impíos salgan de este mundo.* [Basnage, tom. I, lib. II, cap. 8].

1 El tiempo de las lluvias en la Judea, es el de los equinoccios, y sobre todo, el del equinoccio de Otoño; y es tambien la estacion de las tempestades, que regularmente van acompañadas de ráfagas violentas ó de granizo. (Volney, *Viaje á Siria.*)

2 San Justino mártir, en el diálogo *cum Triphone*, refiere que Jesucristo ayudaba á su padre putativo á fabricar coyundas y carros; y hasta Godescardo (tom. 14, pág. 436, *Vida de la Santa Virgen,*) dice: "un autor muy antiguo asegura que en su tiempo se enseñaban todavía las coyundas que el Salvador habia fabricado con sus manos."

3 San Pablo, *Ep. ad Coloss.* c. II, v. 9.

4 San Juan, cap. VII, v. 15.

5 San Mateo, cap. VII, v. 29.

de los campos.... Esta elocuencia tan sencilla, penetraba en el fondo de las cosas y se ligaba sin esfuerzo á los grandes pensamientos. Cada palabra era una simiente preciosa de virtud; cada leccion proyectaba en los misteriosos espacios del porvenir, un dilatado surco de luz que debia engrandecerse y estenderse insensiblemente hasta el dia de la perfecta regeneracion del mundo. Aun los mismos que han negado osadamente sus milagros, no han podido menos de convenir en que sus palabras eran las de un Dios (1).

Jesus estaba dotado de una alma elevada y meditabunda, que tenia necesidad de un inmenso espacio para estenderse; obligado durante el dia á ocuparse de un trabajo manual que absorbia todos sus instantes, se indemnizaba por la noche de sus humildes fatigas, y se convertia en legislador y en profeta á la presencia del estrellado cielo. De pié, sobre el terrazo elevado, desde donde se descubrian las montañas y los grandes bosques de la tierra de Canaan, daba espansion á su grande alma delante del Autor de la naturaleza, de quien era el Enviado, el hijo y el igual. Estas comunicaciones íntimas y solitarias con Dios en el silencio de la noche, del desierto y del pensamiento, fueron una de las costumbres de Jesucristo; de la que se hallan muchos ejemplos en el Evangelio. El hombre modelo, el Verbo encarnado queria sin duda enseñar á los suyos á separar el oro puro de la oracion, de la liga monstruosa de ostentacion y de hipocresía, que mezclaban tan frecuentemente los fariseos de su tiempo.

La Vírgen, que no fué nunca ni importuna ni ecsigente, no se oponia de ningun modo á este aislamiento: ella sabia que Jesus echaba entonces la sonda al fondo del abismo inconmensurable que se entreabria bajo los pasos de la humanidad, y que la redencion del mundo seria el fruto de aquellas meditaciones silenciosas. Respetando el trabajo de ese espíritu poderoso que se concentraba en sí mismo, y dirigiendo sus miradas sobre el porvenir de gloria que cada momento se acercaba, María veía ya el cielo abierto, vencida á la muerte, y al Mesías reuniendo á todos los pueblos del globo bajo de su estandarte.... Pero de repente la profecía del anciano Simeon, lúgubre y sombría como un sepulcro, se ofrecia á su mente, al estremo de esta perspectiva magnífica y gloriosa; un temblor involuntario recorria los miembros, y el frio del espanto circulaba por las venas de la pobre madre; su corazon, en que dominaba el amor de Jesus, se hundia en angustias inesplicables. Gritábale una voz secreta: "¡Es preciso una expiacion de sangre! es preciso que Cristo muera!" Entonces, abandonando el humilde trabajo á que su indigencia la condenaba (2), la hija de David iba á buscar presurosa á su Hijo, tenia necesidad de verle, de asegurarse con un abrazo maternal de que estaba todavia allí, de que vivia aún.....!

A su vista, Jesus inclinaba á la tierra sus ojos pensativos fijos en los astros, su jóven frente que habia arrugado un pensamiento vasto como el mundo, recobraba la ternura y pulidez de la infancia: María entonces ocultando en el fondo de su corazon sus siniestros temores, le prescribia el reposo tan necesario despues de una larga vigilia, debia recobrar las fuerzas para el dia siguiente.... el curso seria fatigoso y duro el trabajo.... El Hijo de Dios seguia en silencio á su madre mortal, porque él la amaba, y *estaba sometido á ella.*

Un incidente estraordinario, que llenó de congoja el alma de María, señaló la entrada de Jesus en la adolescencia. José y María, religiosos observadores de la ley de sus padres, iban regularmente cada año á Jerusalen en el tiempo de la Pascua. Este viaje que habian hecho furtivamente y ocultos entre la multitud cuando el hijo del enemigo de Dios ocupaba el trono de los Macabeos, se habia hecho mas fácil despues del destierro de Arquelao y de la ocupacion de los romanos. Así pues, luego que Cristo hubo llegado á los doce años, sus padres, libres ya de toda inquietud por parte de Heródes le llevaron consigo á Jerusalen. Los peregrinos hebreos salieron todos juntos de Nazaret, mas luego dividiéronse en el camino en pequeños grupos, segun la edad, el secso y las relaciones de familia ó de intimidad (3).

En derredor de la Vírgen iban María Cleofas la cuñada de José; otra María designada en el Evangelio bajo el nombre de *altera María*, Salomé mujer de Zebedeo que habia llegado de Betsaida con su esposo y sus hijos; Juana, esposa de Chus, y una multitud de nazarenos de su vecindad y parentesco. José les seguia á alguna distancia conversando gravemente con Zebedeo el pescador y los ancianos de su tribu. Jesus marchaba en medio de los jóvenes galileos que el Evangelio, conforme á la índole de la lengua hebráica, ha llamado sus hermanos, y que no eran mas sino sus inmediatos parientes.

Entre ese grupo de jóvenes que iban delante de los demas, se distinguia á los hijos del Zebedo: Santiago, impetuoso como el lago de Tiberiades en un dia de tempestad; Juan, mas jóven que Jesus, y cuya dulce fisonomía vista al lado de la de su hermano, parecia personificar el cordero de Isaías viviendo en paz con el leon del Jordan. Al lado de los pescadores de Betsaida, que Jesus designó mas tarde con el sobre nombre de *Boanergés* [hijos del

1 Yo os aseguro que la majestad de las Escrituras me admira, dice Rousseau; la santidad del Evangelio habla profundamente á mi corazon. Hé ahí los libros de los filósofos con toda su pompa, ¡qué pequeños son junto de la Biblia! ¿Puede creerse que este libro tan sencillo y sublime á la vez, sea obra de los hombres? ¿Que aquel de cuya historia se trata sea no mas que un hombre? ¿Es este el tono de un entusiasta ó de un ambicioso sectario? ¡Qué dulzura! ¡qué pureza en sus costumbres! ¡qué admirable gracia en sus instrucciones! ¡qué elevacion en sus mácsimas! ¡qué profunda sabiduría en sus discursos.....!" [*Emilio*, t. III, pág. 365.]

2 Tertuliano dice en el tercer siglo, que María ganaba su vida trabajando; y Celso en el segundo, reprochaba á los cristianos que María era una mujer que se habia mantenido con el trabajo de sus manos.

3 San Epifanio y San Bernardo nos enseñan que en estos viajes los hombres iban por grupos separados de las mujeres; y que hallándose San José y la Santa Vírgen el uno en un grupo y el otro en otro, esto fué causa de que no se inquietaron al principio de la desaparicion de Jesus, y no repararon en ella hasta la noche, en ocasion de reunirse todos los viajeros.—Véase tambien Aelrede abad de Reverby: *Serm. seu tractatus de Jesu duodenni–Dominica infra octav. Epiphan.*

rayo] caminaban los cuatro hijos de Alfeo: Santiago que fué obispo de Jerusalen, jóven grave y austero de largos cabellos, semblante pálido y aspecto frio y mortificado. Enorgullecido por haber sido votado al nazareneato, se daba con aquel á quien no consideraba entonces sino como el hijo del carpintero, un aire de superioridad desagradable: descubríase con todo en este carácter las virtudes y las imperfecciones inherentes al país: una firmeza incontrastable, inclinaciones rectas y religiosas; pero tambien un marcado desprecio por todo lo que venia de la casa de Abraham, y una alta opinion de sí mismo. Judas, Simon y José, los otros hijos de Alfeo, eran jóvenes de aspecto rudo, sencillo y guerrero, que habian llegado ya á la adolescencia, y que consideraban al Hijo de la humilde María por inferior á ellos en todo; cosa de que tuvieron trabajo en deshabituarse mas tarde, segun se ve en el Evangelio (1). ¿Y Jesus? Jesus no afectaba nada, ni la devocion, ni la austeridad, ni la sabiduría, ni la ciencia, porque poseía la plenitud de todas estas cosas; y ordinariamente solo se afecta lo que no se tiene.

Al verle vestido sencillamente como un esenio, sus largos cabellos, color de bronce antiguo (2), separados sobre su tersa frente y flotando con gracia sobre sus hombros, se le hubiera tomado por David en el momento en que el profeta Samuel le vió venir, pequeño, tímido, en trage de simple pastor para secibir la uncion Santa. Habia, sin embargo, en los ojos garzos y aterciopelados de Cristo (3) alguna cosa mas que no tenia el ojo lleno de poesía é inspiracion de su grande abuelo: se distinguia un no sé qué de penetrante y de divino que ponia á descubierto el pensamiento y sondeaba los mas ocultos pliegues del corazon; pero Jesus templaba entonces el resplandor de sus miradas, como Moisés su frente radiosa cuando salia del tabernáculo. El marchaba conversando discretamente, si bien apropiando sus discursos á su edad, con sus jóvenes parientes segun la carne, á los que pensaba desde luego hacer sus apóstoles; adivinaba bajo su grosera apariencia el peso y el valor de aquellos diamantes sin pulir, que debian brillar un dia con una luz tan viva; y amábales en su porvenir. Su esperanza no fué engañada, pues aquellos hombres que habia tenido como los demas de su nacion, sus sueños de oro y de poder con respecto al Mesías de quien lo esperaban todo, se despojaron á su voz de todas sus preocupaciones religiosas y nacionales para adoptar una doctrina calumniada, cuyos principios y promesas, semejantes á las maldiciones de la antigua ley, no hablaban mas que de persecuciones y sufrimientos. Uniéronse á él con lazos tan fuertes, que ni los príncipes de la tierra, ni el frio, ni la desnudez, ni el hambre, ni el hierro homicida pudieron separarlos de su amor. Marcharon por su camino, hollando valerosamente las espinas que el mundo arrojaba bajo de sus plantas; y dejándose tratar cual si fuesen la escoria del género humano. ¡Ellos no se avergonzaron nunca del Hijo del Hombre ni de su Evangelio, *ni de la locura de la cruz!* ¿Y por qué habia de ser? Los impostores son los únicos que deben avergonzarse, y los apóstoles no predicaron jamás sino segun su conviccion íntima. Aquellos corazones rectos y sencillos, dieron á su testimonio todo lo que podia hacerlo auténtico y sagrado á los ojos de los hombres; lo abandonaron todo, sufrieron todo; lo perdonaron todo, y sellaron con su sangre el Evangelio de su divino Maestro (4).

Mas en la época de que hablamos aun no habian florecido esas virtudes heróicas; y esos jóvenes galileos, no imaginaban siquiera que llegaria un dia en que habrian de dar la vida, por sostener la divinidad de su compañero de viaje.

Al cabo de cuatro dias de marcha, los peregrinos llegaron á la ciudad Santa, á donde afluía un inmenso concurso de nacionales y estranjeros [5]. La familia de José y de María, se reunió para comer el cordero pascual, que los sacerdotes tenian cuidado de inmolar entre las dos vísperas [6] en el patio del templo, y al que se añadieron panes ázimos, lechugas amargas, y todo lo que constituía esta ceremonia antigua.

Pasados los dias de la fiesta, los parientes de Cristo se reunieron para tomar de nuevo el camino de su provincia; y como volvian en el mismo órden en que habian venido, los dos esposos no echaron de ver que Jesus no venia con ellos. María le creyó con José ó con los dos Santiagos; José creyó por su parte que venia con sus jóvenes parientes ó con María. A la caida de la noche los diversos grupos se reunieron, y la Santa Vírgen buscó, pero en vano, á Jesus, en la multitud de viajeros que llegaban sucesivamente á la posada; ¡nadie sabia lo que al Salvador habia sucedido! El dolor de los dos Santos Esposos fué inesplicable. "¡El depósito del cielo! ¡el hijo de Dios!" esclamaba tristemente José. "¡Mi Hijo!" decia la pobre madre, embargando las lágrimas su voz. Buscáronle durante la noche, y siguiéronle buscando durante el dia; preguntaban por él en los caminos dando sus señas á los viajeros, llamábanle por los bosques;

1 Véase San Juan Crisóstomo, sermon 44.

2 Los rabinos han tomado ocasion del color que se notaba en la estremidad de los cabellos de Jesus, para entregarse á odiosas imprecaciones contra él; pero ¡qué estraño es que le dirigiesen los mismos reproches del rey David! *El era rojo como Esaú: tenia la sangre sobre la cabeza; el alma de Esaú habia pasado á él.*

3 Véase Nicéforas, *Hist. ecles.*, tom. I, pág. 125.—El retrato de Nuestro Señor, trazado segun la tradicion, es el mas auténtico que nos haya quedado.—El reverendo Mr. Walsh, autor de un libro muy reciente consagrado á los monumentos raros ó inéditos de la primera edad del cristianismo, acaba de llamar la atencion sobre una medalla muy curiosa conocida ya hácia el siglo XV. El anverso representa la cabeza de Nuestro Señor vista de perfil, los cabellos están divididos en iguales partes á estilo de los nazarenos, asentados hasta las orejas; y ondulantes sobre las espaldas; la barba espesa, poco larga pero hendida; el semblante hermoso como tambien el busto, sobre el que cae la túnica en graciosos pliegues.

4 Pascal ha dicho: "Yo creo de muy buena gana las historias cuyes testigos se dejan degollar.

5 La pascua reunia en Jerusalen hasta dos millones y quinientas mil personas. (*De Bello*, lib. VII, cap. 17.)—Cesto queriendo persuadir á Neron que la nacion judía no era tan despreciable como se la juzgaba, computaba al pueblo por el número de los sacrificadores. En la fiesta de la pascua se degollaban seiscientos cincuenta y seis mil seiscientos corderos, y habia un cordero por cada familia.

6 Es decir, despues de medio dia, ó una hora hasta la puesta del sol. (Basnage, t. V, l. VII, cap. 2.)

sondeaban con sus miradas los precipicios, temiendo ya por su vida, ó bien por su libertad; y no sabiendo qué hacerse si se habia perdido. Por fin, entraron otra vez en Jerusalen, acudieron primero á la casa de sus amigos, y despues de recorrer los diferentes cuarteles de aquella gran ciudad, penetraron al último en el templo. Bajo el pórtico en que se reunian los doctores de la ley, estaba un niño que asombraba á los ancianos de Israel; con la profunda sabiduría de sus discursos, y por la esactidud y claridad con que resolvia las cuestiones mas dificiles. Formaban un círculo en derredor de él, y todos se maravillaban de su precoz y maravillosa inteligencia. "¡Es un Daniel ó un ángel!" decian á pocos pasos de la acongojada Vírgen. ¡Es Jesus! dijo la jóven madre, adelantándose por el lado que estaban los doctores. Entonces, acercándose al Mesías con la espresion de una ternura infinita, que se teñia, por decirlo así, de los últimos reflejos del pesar: "¡Hijo mio! le dice con dulzura, ¿por qué haces esto con nosotros? mira aquí á tu padre y á mí que te buscamos llenos de afliccion!"

El niño desaparecia ante el Dios; la respuesta fué por lo mismo seca y misteriosa: "¿Por qué me buscábais? ¿No sabiais que es preciso que yo me ocupe en lo que toca al servicio de mi padre?" Los dos esposos guardaron silencio; pues que no comprendieron inmediatamente el sentido de la respuesta del Mesías.

Jesus se levantó y les siguió á Nazareth. Su perfecta sumision á la voluntad de sus padres, deshizo bien pronto aquella ligera nube. "Pero María conservaba en su corazon todas estas cosas. Y Jesus crecia en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres."

CAPITULO XVI.

MARIA EN LAS PREDICACIONES DE JESUS.

"Dos mundos hay en la historia, ha dicho uno de los mas bellos talentos de nuestra época: el uno mas allá, el otro mas acá de la Cruz." El mundo primitivo, ya en la decrepitud cuando tuvo lugar la mision regeneradora de Jesucristo, presentaba el mas estraño espectáculo, pues que en él lo ridículo se hallaba muy cerca de lo horrible. El árabe y el galo, despues de haber conservado durante muchos siglos la idea primordial de la unidad de Dios, adoraban la acacia y la encina (1); el habitante de la India divinizaba el Ganges, é inmolaba víctimas humanas á Sactis, diosa de la muerte (2); el Egipto, el país clásico de la sabiduría, tributaba un devoto culto al ajo, al loto y á casi todas las plantas bulbosas (3); los pueblos desconocidos de la jóven América adoraban al tigre, al buitre, á las tempestades y á las ruidosas cataratas (4); por último, los griegos y los romanos, segun su propia confesion, llenaban sus templos de demonios (5); y esas naciones de tanto ingenio, tan civilizadas y que contaban entre sus hijos tantos hombres de un mérito superior, habian divinizado el vicio en sus formas mas asquerosas, y colocado en su olimpo ladrones, adúlteras y homicidas. Conforme á sus creencias eran sus costumbres: la corrupcion, descendiendo como un torrente impetuoso de lo alto de las siete colinas imperiales, inundaba las mas distantes provincias. La Judea, que no habia podido salvarse del contagio del vicio, se iba corrompiendo con una rapidez espantosa: sus dogmas fundamentales no constituian ya su religion, sino una multitud innumerable de superfetaciones parásitas, en tanto que los delirios de sus rabinos resonaban en la cátedra de Moisés (6).

En medio de esas deplorables aberraciones ¿qué habia de ser la soberbia razon, esa reina de las inteligencias, para quien son un horizonte mezquino los límites del universo, y coloca á los dioses sobre el lecho de Procusto? ¿Dónde estaba su imperio? ¿Dónde habia plantado su bandera, mientras que por todas partes eran batidos en brecha sus baluartes? Si podia, sin estraño ausilio, reconquistar el terreno que habia perdido, ¿por qué no lo hizo?.... Pero bien conoció que el torrente traspasaria sus débiles diques, é impotente para contenerlo se contentó con observar sus estragos. Apoyada en la filosofía, lloraba sobre los restos inanimados del cuerpo social, cuya ruina no pudo evitar. Sobrevino el cristianismo, que dijo al cadáver: "levántate y marcha".... y se levantó y anduvo.

Desde este dia una nueva raza, curada de todos sus males y lavada de todas sus manchas en la piscina santa, se agrupa en torno de la cruz, que el Hijo de María enarbolara sobre el mundo regenerado, como el trofeo de Dios sobre el infierno.

Esta gloriosa revolucion que colocó la caridad sobre el trono, dándole por acompañamiento todas las virtudes; este suceso para siempre memorable, que cambió la faz del mundo y cuyo eco resonará hasta la consumacion de los siglos, tuvo por punto de partida á Nazareth: de lo hondo de aquella cue-

---

1 Los galos paganos del sesto y séptimo siglo, divinizaban á las encinas, encendian antorchas delante de ellas, y las invocaban como si hubiesen podido oirles; las piedras enormes vecinas de esos árboles, participaban del honor que se les rendia.—[*Hist. ecles. de Bretaña*, tom. 4, siglo séptimo.—*Capitul. Caroli Magni*, l. 1, tít. 61.]

2 Véase *Cuadro de la India*, por Buckingham.

3 Bien conocido es el sarcasmo de Juvenal: *O sanctas gentes quibus hæ nascuntur in hortis numina.*—[Sátira 15, v. 10.]

4 Véase *Garcilaso*, lib. 1, cap. 2 y 12.

5 Porfirio, que conocia muy bien los resortes del politeismo, confiesa que los demonios eran el objeto del culto de los gentiles. "Hay, dice, espíritus impuros, engañadores, malvados, que quieren pasar por dioses y hacerse adorar de los hombres. Es preciso aplacarlos, de miedo que no nos dañen. Los unos alegres y divertidos, se dejan ganar con espectáculos y juegos; el humor sombrío de los otros quiere el olor de grasa, y se complace en los sacrificios de sangre."

6 Es una mácsima entre los judíos, que la alianza se hizo con ellos en el monte Sinaí bajo el pié de la ley natural, no bajo el de la escrita. Destruyen la segunda para entronizar la primera, reduciendo toda su religion á la tradicion. Llegó á tal punto esta corrupcion entre los judíos, aun en tiempo de nuestro Señor, que es reprende en San Marcos haber destruido la palabra de Dios por us tradiciones. Actualmente es mayor su error, pues comparan l texto sagrado al agua, y el *Misnah* ó el *Talmud* al mejor vino: demás, dicen que la ley escrita es la sal, y el *Talmud* la pimienta, la canela, etc.

va sin nombre, fluyó el humilde cristianismo, "manantial oscuro, gota de agua inapercibida en que dos pajaritos no hubieran podido apagar la sed, que un solo rayo del sol habria podido secar, y que hoy, cual el grande Océano de los espíritus, ha llenado la profundidad del saber humano, y bañado con sus aguas inagotables el pasado, el presente y el porvenir." (1)

Ocultos permanecen los medios que prepararon este grande acontecimiento, que tan altamente domina la historia de los tiempos modernos. Desde su presentacion en el templo, el hijo de Dios llevaba una vida oculta y meditativa en compañía de su madre y de su padre adoptivo. Esta época, perdida para el mundo, fue sin duda aquella en que pasó la Santa Vírgen sus mas serenos dias; porque la vida no es mas feliz cuando corre con estruendo cual un torrente de invierno, sino cuando semeja á una corriente silenciosa que se desliza en plateados hilos por entre la yerba de las praderas. María, privada de todos los goces del lujo y de todas las dulzuras del bienestar, pero viviendo al lado de su Hijo, trabajando para él, estudiando sus inclinaciones, mirándolo á todas horas, ofreciéndose á él como primicias de su santa cosecha, haciéndose la primera, la mas humilde, la mas dócil de sus discípulas, y sometiendo su razon perfeccionada ante la razon superior y la divinidad de su Hijo, María debió ser entonces la mas feliz de las madres! Si alguna vez mientras que Jesus le revelaba el sentido mas profundo de las profecías, encontraba algun pasaje en que se hablase de tormentos venideros, una sombría nube se estendia sobre la casta frente de la Vírgen; mas muy pronto volvia á serenarse su dulce y agraciado semblante. La tempestad estaba todavía lejana, y su barquilla estaba amarrada en una bahía tranquila. ¡Su Hijo estaba allí! y ella pendiente de sus miradas, de sus palabras, de sus menores gestos. ¡Cuánto se afanaba en servir á su Hijo! ¡Con qué placer velaba noches enteras hilando, tejiendo sus túnicas de trabajo y sus vestidos de fiesta, ese ropaje sin costuras, obra maestra de habilidad y de paciencia, que mas tarde....! ¡Ah! mas entonces *el Señor no habia consagrado aún á su Cristo sino con aceite de alegría.* Compañera del Esposo, la prudente Vírgen del Evangelio, *dejaba que el dia siguiente se proveyese á sí mismo,* "y la paz de Dios, que es superior á toda otra idea, animaba su corazon y su espíritu."

Jesus era la perfeccion misma, el omniscio, el tres veces Santo, el Poderoso, el sábio por escelencia; como Dios no podia deber nada á sus criaturas, pero como hombre le debia algo á María. Ella fué quien le inició desde su mas tierna infancia, en las humildes virtudes inherentes á la humanidad, y en sus gustos poéticos y sencillos. En esa dulzura paciente é inalterable que supo él adunar á la energía del legislador y del profeta: en esa compasion misericordiosa que calmaba la indignacion del Dios irritado, y hacia de El, el hombre-modelo, el Justo entre los justos, el sostén del pecador miserable: en esa ternura tan buena, tan cándida para con los niños, á los que le complacia tanto acariciar y bendecir durante su mision divina; en esos mil imperceptibles celajes; en esos mil reflejos semi-absorbidos por los rayos de viva luz que alumbran la vida mortal de Jesucristo, se observa la influencia maternal de María (2). Así es como el cielo se perfuma gozoso con el aroma de las flores, aunque las flores sean hijas de la tierra.

Es indudable que Jesus devolvió á la Vírgen terneza por terneza, y cuidados por cuidados: una mujer de tan noble sangre y de tan elevado corazon, debia ser acatada por todos, y especialmente por un Hijo, por cuyo amor se habia impuesto, en la primavera de su vida, tantas privaciones, tantos trabajos y sacrificios. Aquel que lleva cuenta en el cielo hasta de un simple vaso de agua fria dado en su nombre, debió guardar con el mayor cariño el recuerdo de las obligaciones que le ligaban á María; y si observamos en el Evangelio que le hablaba menos veces á su divina Madre como hijo que como Señor, es porque se aislaba entonces de toda afeccion terrestre para glorificar mejor á su Padre, cuyo interes colocaba siempre en primer lugar. La Vírgen conocia demasiado la sagrada mision de su Hijo para estrañar que sus palabras fuesen alguna vez severas: aguardaba siempre á que ocupase el lugar del legislador el jóven de Galilea que habia amamantado á sus pechos, y nunca tardaba en ver lograda aquella transformacion: la naturaleza humana concedia desde luego lo que habia rehusado la naturaleza divina.

Prócsimo ya Jesus á cumplir veintinueve años, vino el ángel de la muerte á diezmar la Santa Familia. José, ese patriarca de antiguas costumbres, cuya sumisa fé y cuya sencillez de corazon recordaban á Abraham y á la feliz era de las tiendas; José, á quien el mismo Espíritu Santo ha condecorado con el hermoso título de *Justo*, se durmió dulcemente en el seno del Señor, entre su hijo adoptivo y su castísima esposa. Lloráronle Jesus y María y velaron con cariño sus frios despojos; los gemidos del viento de media noche venian á mezclarse únicamente á los lamentos de la pobre familia. ¡Con cuánto mayor fausto morian los nababs de Galilea, aunque no tuviesen al inclinar la cabeza para atravesar la puerta baja de la tumba, las magníficas esperanzas del carpintero de Nazareth.

Los funerales del hijo de David fueron humildes como su fortuna; pero María derramó abundantes lágrimas sobre su lecho fúnebre, y el Hijo de Dios condujo el sencillo duelo. ¿Qué emperador, qué grande de la tierra ha obtenido jamas honores semejantes?

Al fin, aprocsimóse el tiempo de predicar el Evangelio, y Aquel que Dios destinaba á ser su

---

1 Mr. de Lamartine, *Viaje á Oriente*.

2 *Nel vestire il Verbo d'umana carne non gli diede ella* [la Vírgen] *punto, o di potenza, o di santitá, o di giusticia che egli* [Jesus] *giá da se solo non possedesse; ma gli diè molto bensi di misericordia.* [P. Paolo Segneri, *Magnificat spiegato.*]